

Profesores: la tarea docente a la luz del mensaje del Beato Josemaría

Diego Ibáñez-Langlois

Licenciado en Filosofía y Letras; ha sido Director del Colegio Tabancura, de Santiago de Chile (1979-1997). En la actualidad es Director Académico y Consejero Pedagógico de la Fundación Educacional Tabancura-Seduc.

Celebro que este panel lleve el nombre de “Aprender a educar”, ahora que se escucha tanto eso de *enseñar a aprender*, ya que quien aspire a ser un buen maestro intentará mantener siempre la actitud abierta y humilde de un aprendiz.

En sus viajes apostólicos por el mundo, el Fundador del Opus Dei solía iniciar las tertulias, esas reuniones multitudinarias y personales a la vez, diciendo que “venía a aprender”. Estas palabras tienen una resonancia especial en el trabajo de un docente. El maestro no puede esperar a que “lo perfeccionen”. Por su propia iniciativa y por la delicada exigencia de su trabajo, necesita tiempo para reflexionar sobre su modo de trabajar —que constituye su forma habitual de perfeccionamiento—, y para adquirir competencia técnica en todas las áreas propias de su función: «No creo en la rectitud de intención de quien no se esfuerza en lograr la competencia necesaria, con el fin de cumplir debidamente las tareas que tiene encomendadas. No basta querer hacer el bien, sino que hay que saber hacerlo. Y, si realmente queremos, ese deseo se traducirá en el empeño por poner los medios adecuados para dejar las cosas acabadas, con humana perfección»¹.

Esa perfección humana en el trabajo se manifiesta en la idoneidad con la que ejercitamos nuestra función docente: competencia técnica, capacidad de transmitir los conocimientos, amor a la verdad, etc. En la base de esta profesionalidad se encuentran algunas virtudes y actitudes del profesor que son especialmente necesarias para el desempeño de su trabajo: humildad, ejemplaridad, coherencia, lealtad y serenidad.

¹ *Es Cristo que pasa*, 50.

El Fundador del Opus Dei, en un viaje de catequesis realizado por España y Portugal en 1972, contestando a una pregunta acerca de cuál es la virtud más importante que ha de ejercitar el profesor, no dudó en decirle que la primera virtud es la humildad, y que, a la vez, podía tener un sentimiento claro de que él, que había preparado la clase, sabía más que nadie. Es perfectamente compatible una cosa con la otra. Después, le aconsejó la frecuencia de sacramentos. Josemaría Escrivá de Balaguer que, como consta en la causa de su canonización, vivió en grado heroico todas las virtudes, se consideraba a sí mismo un instrumento inepto y sordo, fundador sin fundamento, pecador que ama con locura a Jesucristo². En él no hay contradicción entre su vida ejemplar y este sincero concepto de sí mismo, ya que al no poner obstáculos a la luz de Dios, podía ver su alma con la transparencia de esa «locura de Amor» a Jesucristo³. Fruto de esa humildad era la insistencia en que no había más modelo a imitar que Jesucristo.

El profesor necesita tener prestigio si quiere influir en padres, profesores y alumnos. Y ese prestigio se basa en la síntesis de aquella respuesta: competencia técnica y categoría humana. Saber muy bien lo que se enseña y saber transmitirlo porque sólo se enseña bien lo que se sabe bien. Pero si pretende formar, necesita sobre todo luchar por ser humilde, que es la única forma de autoconocimiento y muestra de sinceridad, ya que se ve a sí mismo cara a Dios.

¿No pide acaso el ideal del buen maestro que no sólo alcance una sólida competencia técnica, es decir que sea docto y goce de prestigio profesional, sino también que aspire a ser ejemplar? En *Camino*, el Beato Josemaría nos dejó dicho: «No olvides que antes de enseñar hay que hacer. —“Coepit facere et docere”, dice de Jesucristo la Escritura Santa: comenzó a hacer y a enseñar. —Primero, hacer. Para que tú y yo aprendamos»⁴.

Ejemplar no es tan sólo el que da buen ejemplo, sino el “digno de ser modelo”, lo que equivale a ser digno de ser imitado. La distancia entre la realidad propia y este exigente ideal, por otra parte, puede llevar al maestro a la frustración o al desánimo si no tuviera la confianza del cristiano que sabe que todo es posible cuando se apoya sólo en Dios, en el don de su filiación divina.

Todo trabajo bien hecho es la fragua para el desarrollo de múltiples virtudes humanas. El maestro las necesita todas. Pero a la vez sabe muy bien que no es un superhombre. El maestro es la persona que se dirige a personas para formarlos como personas. Nuestro trabajo consiste en educar con nuestra conducta, con nuestro modo de ser, de reaccionar, con nuestro modo de atender y relacionarnos con los demás, así como con el modo mismo de realizar nuestro trabajo. Por eso,

² Cfr. P. URBANO, *El hombre de Villa Tevere*, Barcelona 1995, pp. 12 y 361.

³ Cfr. *Forja*, 790.

⁴ *Camino*, 342.

seremos siempre aprendices que necesitan luchar deportivamente por alcanzar la ejemplaridad manifestando ante sus alumnos coherencia de vida.

Hace ya más de un cuarto de siglo, cuando, habiendo sido hasta entonces profesor universitario a jornada parcial, me encontré de pronto trabajando a jornada completa con niños pequeños en un colegio recién inaugurado; niños que al parecer ya tenían otra experiencia escolar en un establecimiento que seguía ciertos principios roussonianos. Hablaban todos a la vez, saltaban encima de los bancos o se escondían debajo de ellos, y permanecían impávidos e ignorantes de la presencia del maestro. En estas circunstancias, la serenidad, virtud que proviene de la fortaleza y hermana gemela de la paciencia, me enseñó que lo primero que obstaculiza un trato amable y confiado con los alumnos es el estado de ánimo variable; es decir, el profesor al que hay que analizar su rostro cada mañana para saber con qué pie entra en clase, o bien el profesor de reacciones desmedidas, que tiende a matar mosquitos con balas de cañón.

Se dice que para saber dialogar se requiere aprender a escuchar. La serenidad es al diálogo como la buena escucha al aprendizaje; es la conservación de la paz interior en medio del aparente desorden, que permite poner un orden amable y respetuoso sin alterar a los desordenados. Un profesor de mucha experiencia decía: “Si crees que alguien te ha ofendido, sigue el consejo del Beato Escrivá: reza por el presunto ofensor. Luego, ¡qué tranquilidad!”. La reacción destemplada produce temor y desconfianza. ¿Cómo se puede alcanzar la amistad con un alumno receloso o desconfiado? Hay que conquistar sin artificios la confianza, que surge de la sinceridad del cariño en el trato. Y del trato nace la amistad. Y de la amistad la confidencia. Y de la confidencia la posibilidad de ayudarle a crecer “por dentro”, despertándole el ansia de servir, de ser útil, de influir positivamente en los demás. Mantener el ánimo sereno en la dificultad es una de las primeras lecciones que debe aprender el maestro.

1. LOS ALUMNOS, HIJOS DE DIOS

La dignidad de la persona tiene como base el haber sido creado a imagen y semejanza de Dios; y por don suyo alcanza una cota incomparable con la filiación divina. Josemaría Escrivá nos enseñó a ver a todos, y en nuestro caso a los alumnos, como seres singulares, únicos, irremplazables, ya que cada uno es un microcosmos. Escribe: «¡Qué respeto, qué veneración, qué cariño hemos de sentir por una sola alma, ante la realidad de que Dios la ama como algo suyo!»⁵.

⁵ *Forja*, 34.

Cuando a cada alumno se le ve y se le trata como a un hijo de Dios con la analogía más cercana que tenemos —como si fuera un hijo propio, demostración de ese misterioso acto de confianza que Dios deposita en sus padres— ese trato concede una dimensión muy distinta a nuestro trabajo profesional. Nos libera de esa tendencia tan espontánea y a la vez poco natural que tenemos los profesores —e incluso algunos padres de familia— de considerar al alumno o al hijo bajo la categoría de “un escolar”. Se tiende así a apreciar al niño o joven por su rendimiento o por su disciplina, es decir, por la satisfacción que nos producen sus resultados. Esta visión corre el riesgo de fomentar los éxitos externos y descuidar o marginar, inconscientemente tal vez, a tantos que “aparentemente no resultan”.

¡Cuántos detalles de ese cariño humano y sobrenatural tuvo el Beato Josemaría con quienes le rodeaban! Recuerdo que la primera vez que me tocó estar con él unos instantes, no acerté con mi torpeza juvenil a preguntarle otra cosa que: ¿Qué quiere decirle a mi hermano sacerdote que está en Chile? Con una sonrisa, se acercó, me subió la corbata que tenía en desorden y arreglándola respondió: «Dile a José Miguel que muchas veces cuando me encontraba con él en los pasillos del Colegio Romano, le subía la corbata». Confieso que yo esperaba una de esas frases para el bronce, pero Josemaría Escrivá con esa delicadeza de su cariño, y con su mentalidad laical, me dio una lección que no olvido.

Aprendí que cuando se trata a los alumnos como hijos de Dios no sólo se está en la obra gruesa sino especialmente en los detalles. Y los detalles y la consideración de la común filiación divina, abre las puertas de la amistad. Cada alumno es un alma que Dios quiere como algo suyo. El interés por su rendimiento se transforma en interés por su amor al estudio, para que haga del estudio «una hora de oración»⁶. ¡Cómo cambia la perspectiva de su trabajo en los adolescentes saber que estudiar es rezar! Interés también por su participación activa en la vida de su familia, por su descanso y el uso de su tiempo libre, por su relación con sus compañeros: para que sus realidades cotidianas se lleven a cabo en la presencia de su Padre Dios.

2. UNA CONCEPCIÓN INTEGRAL DE LA EDUCACIÓN

Son muchas las consecuencias y manifestaciones de las enseñanzas del Beato Josemaría para un enfoque rico y profundo de la tarea docente, de la que vengo comentando algunos aspectos: educar en la trascendencia, en el afecto, en

⁶ Cfr. *Camino*, 335.

la libertad, en la confianza, en el amor al saber y al estudio, en el esfuerzo, etc; en definitiva, una concepción integral de la educación.

La educación en el afecto de cada alumno pasa por conocer y tratar a sus padres. A los padres hay que aprender a quererlos. Primero, a atenderlos con cariño, sabiendo que los padres son lo primero, como había señalado el Beato Josemaría. Ciertamente que a ellos no los tenemos a la mano como tenemos a sus hijos. Por eso, es clave atenderlos desde el hijo. Cuando un padre o una madre comprueba que su hijo aprende, que a la vez ve pequeños progresos en su carácter y que se le ayuda a tener una buena relación con sus compañeros, entiende que el centro educativo les está prestando un servicio. Más aún, si los profesores se vuelcan y prestan más atención a los más débiles, los menos dotados o los más difíciles —es decir, los que más necesitan de ayuda—, esos padres se predisponen a recibir orientación. En los centros educativos se puede formar a los profesores para la entrevista, pero ninguna técnica sustituye algo que los padres captan intuitivamente: este profesor quiere y se interesa por mi hijo; lo conoce bien.

En mis años de director insistía en la entrevista bien preparada, en la necesidad de que se estableciera una corriente de simpatía hacia la familia y en una sinceridad llena de delicadeza. El maestro debe partir del supuesto de cómo afectan a los padres las conductas de sus hijos, y que no se puede hablar de ellos como se habla de una lavadora estropeada.

Todo el tiempo que se dedique personalmente a los padres es tiempo ganado para la formación de los alumnos. Suele ocurrir, sin embargo, que los padres tienden a confiar excesivamente en las bondades de un centro educativo que intenta dar una sólida formación académica, humana, espiritual y religiosa. A los padres hay que recordarles con cariño que la educación en la fe no se limita a unas prácticas de piedad, sino que en la vida de familia y en la convivencia familiar el hijo adquiere un sentido trascendente de la vida. Este sentido no es una noción abstracta. El hijo lo percibe día a día en el trato con sus padres y hermanos. Por lo mismo, el Fundador del Opus Dei veía como insustituible la labor de los padres en la educación en la fe. La formación en profundidad se recibe en el hogar. Por las aulas pasan muchos alumnos, pero sólo los padres pueden hacer de sus hijos una verdadera obra de arte, una maravilla de educación, de equilibrio, de comprensión, de sentido cristiano de la vida, de modo que sean felices y lleguen a ser realmente útiles a los demás⁷.

El profesor puede despertar un horizonte amplio en cada alumno y reforzar así el papel de la familia, ayudándole a que queme su vida en lo que vale la pena. Nada valioso se conquista sin esfuerzo. Pero el educador educa para el

⁷ Cfr. *Conversaciones*, 89.

esfuerzo comunicando energía, fomentando el vigor de ánimo para afrontar dificultades. Es decir, le presta solamente las ayudas necesarias y le mueve a confiar en la gracia. Por eso, un profesor reza por sus alumnos, lo que asegura su rectitud de intención.

En la educación, en el trato con padres, profesores y alumnos, se repite lo que se da naturalmente en una familia: es la escuela donde se aprende a querer. Como dice Carlos Cardona⁸, hay que convertir la educación en un acto ético; el profesor ha de actuar éticamente, como persona que se dirige a personas. Así, para ser un buen profesor, ha de intentar ser un profesor bueno.

El amor a la libertad, manifestado en muchas ocasiones por el Fundador del Opus Dei, orienta también el ejercicio de la vocación docente: libertad de los maestros y de los profesores, para que puedan ejercer su profesión, con nobleza y competencia, sin injustas presiones de un monopolio de privilegiados; para que puedan estudiar y buscar sinceramente la verdad, sin estar condicionados por motivos de situación económica o social. Y estrechamente unida a todas esas honestas libertades, la libertad de los alumnos, el derecho a que no se deforme su personalidad y no se anulen sus aptitudes, el derecho a recibir una formación sana, sin que se abuse de su docilidad natural para imponerles opiniones o criterios humanos de parte⁹.

El maestro ha de enamorarse de su trabajo, que debe convertir en una oportunidad de desarrollo intelectual, humano y sobrenatural. La tarea docente ofrece múltiples ocasiones para el gozo y el dolor, para servir y ofrecer, para ayudar a crecer creciendo uno mismo. Con estas consideraciones, no he pretendido más que abrir un camino de reflexión que, sin duda, retomarán otros profesionales, descubriendo las múltiples facetas que encierra el mensaje de Josemaría Escrivá, llamado a realizar una profunda transformación en el interior de cada hombre, y por eso, en su tarea educativa.

⁸ Cfr. C. CARDONA, *Ética del quehacer educativo*, Madrid 1990.

⁹ Cfr. F. PONZ, *La educación y el quehacer educativo en las enseñanzas de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, en AA.VV., *En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, Pamplona 1976, pp. 107-108.